

desenvolvimiento—que he subrayado—he de comprender que autocritica es aquí autoeducación. Lo que las iglesias cristianas han llamado examen de conciencia y enmienda de la vida o camino de perfección.

En el segundo párrafo aparece de nuevo la confusión de la Crítica con la Ética.

Los descuidos de forma del párrafo tercero hacen la lectura incómoda. Para una nueva edición me permito sugerir una nueva redacción. Podría empezar por eliminar una coma en la primera cláusula que le da un aspecto de oscuridad semi-germánica, diciendo así: «La crítica del mundo exterior con relación al tipo que la ejerce, ofrece un campo de estudio más complejo y extenso». Habla allí de un núcleo *motriz* en vez de motor. Así como en el párrafo 33 de la página 57 habla de sujetos *motrices*. Pequeños descuidos que revelan, sin embargo, la precipitación del temperamento de su autor.

Dice aquí el señor Vincenzi que la autocritica se verifica mejor que la crítica exterior, la cual «es una resultante de aquella, puesto que en primer lugar aparece el tipo, y por consecuencia las capacidades y objetivo de la autocritica, y después la observación del exterior aparejada de sus propios motivos».

Imposible ponerse de acuerdo con el señor Vincenzi acerca de este asunto. Ni la evolución de los sentidos ni la evolución de la conciencia justifican esa manera de ver. La aparición del tipo nada tiene que ver con la introspección, la cual implica un alto progreso de la especie. Las mismas capacidades mentales se desarrollan mediante el contacto con la naturaleza exterior. Sin el ejercicio de los sentidos—no hay desarrollo de la conciencia, ni conciencia de sí, que hace posible la introspección y el autoanálisis—. Pero no solamente está en contra la evolución orgánica y psíquica del individuo. La afirmación del señor Vincenzi es contraria a los hechos como los observamos actualmente. Son muchos los que observan el mundo externo; muy pocos ven para adentro.

El párrafo cuarto—Divisibilidad de la mente—permite pensar que el señor Vincenzi recurre a la vieja psicología de las facultades para facilitar su argumento en favor de la divisibilidad—que no existe en realidad—. La mente es compleja. Como el órgano de un sentido; pero nadie dice ni decir puede que el ojo es divisible porque en él hallamos humores y tejidos diversos. Cuando el ojo funciona como tal es indivisible, si bien podemos analizar en sus elementos las sensaciones que nos produce. La mente, en su función de tal, es indivisible, es perfecta unidad. Cuando consideramos los resultados de su acción podemos establecer distinciones, pero no abolimos la unidad de la mente. Lo que con ésta ocurre es algo más profundo: su proteísmo, su aptitud para asumir la forma de la imagen que contempla, así del mundo externo como del interior. Pero una explicación de esto iría más lejos que mi presente propósito.

Este proteísmo de la mente produce la ilusión de la multiplicidad del yo en todos

aquellos que no han logrado percibir la distinción de la mente y del yo. Cuando el yo mira hacia adentro puede enumerar los instrumentos de su expresión en el mundo de la forma, descubrir los estados de conciencia recién pasados y aun el que va fluyendo en el momento de la introspección. Pero es un error pensar que tales estados son otros tantos *yos*. Por el fondo de esas cuentas de colores corre el hilo inrompible de su conexión: el yo. La mente es un instrumento del yo, del habitante profundo. Quien no haya experimentado esto, difícilmente podrá trabajar con éxito acerca de la introspección.

Por eso yo sólo veo en el párrafo quinto una confusión entre la mente y el yo.

En el párrafo séptimo—Existencia de la obra—el señor Vincenzi intenta discutir un problema que no existe. La presencia o ausencia de una obra se prueba como probamos la presencia o ausencia de un edificio: por medio del ejercicio de nuestros sentidos—no vale la pena discutir una obra de que no podemos tener conocimiento por medio de nuestros sentidos.

«Todo empeño se debe a una exaltada o reducida imaginación del objeto», dice el señor Vincenzi, cuyo intelectualismo es aquí evidente. Cuántos, en cambio, estaríamos dispuestos a decir que todo empeño nace de una emoción, de un sentimiento, de una pasión. Las imágenes se mueven cuando bajan al subsuelo donde arde el calor de la emoción.

Realmente no veo cómo pueda haber un crítico que en presencia de la obra que va a criticar, se pregunte si esa obra existe o si es una ilusión de sus sentidos o de su imaginación; si posee facultades críticas. La obra y el crítico existen o no existen y nada más. Con esas cuestiones no se da mayor profundidad a la investigación, se la infantiliza o se la escolastiliza. Y este es uno de los caracteres que hallo en el trabajo actual del señor Vincenzi: un escolasticismo que no por anticuado pudiera ser menos profundo, aplicado a cuestiones de mayor momento, aun dentro de la presente investigación.

Los párrafos que yo enumero 9, 10, 11, 12, carecen de importancia alguna: La mente es múltiple y sabemos que lo es viéndola funcionar (9). Debemos tener una idea clara de nuestras capacidades para conocer aproximadamente la existencia de la obra (10). Importa examinar los sentidos, porque son instrumentos directos de la percepción e indirectos de la apercepción (11). Plan de estudio de los sentidos (12).

La clasificación de los olores ha sido una cuestión difícil para los psicólogos. Son tan individuales que parecen no ofrecer un común principio de clasificación. El señor Vincenzi sabe esto y ha intentado una clasificación y sugerido otras posibles. Su clasi-

ficación comprende: «olores místicos; olores profanos; artísticos o no artísticos—poéticos por ejemplo, y los que proporcionan decaimiento; pereza, trastornos orgánicos (digestivos, etc.; olores festivos, etc.)»

Es clasificación ingeniosa. No es científica; porque no clasifica los olores por su naturaleza misma, sino por las asociaciones de ideas que los acompañan, de modo que un mismo olor puede ser profano para uno y místico para otro, de acuerdo con las experiencias pasadas del individuo que clasifica o juzga. Es ilógica, porque no mantiene un mismo principio de clasificación en todos los grupos de que ésta consta. Por tanto, un olor poético puede ser profano o místico y uno profano puede ser festivo o provocar pereza. No es, pues, una clasificación, es una serie de grupos dicotómicos sin conexión interna. Y en el mismo caso se hallarían las otras clasificaciones que sugiere al final del párrafo correspondiente (15).

En concepto del señor Vincenzi «el tacto es el sentido fundamental del organismo humano porque es relación y los sentidos funcionan al relacionarse con el objeto o la idea, etc.» (17).

¿Cuál de los sentidos es relación? ¿O se refiere el señor Vincenzi al sentido muscular que se encuentra en la base de todos los sentidos, el tacto inclusive y al cual no hace especial referencia en su enumeración de los sentidos? No. El tacto es fundamental porque por evolución de él han aparecido los demás.

Quiere el señor Vincenzi que «para realizar la introspección científica es indispensable conocer las propiedades orgánicas del cuerpo y todas las manifestaciones que les ha sido y es posible efectuar: por ejemplo, la plasticidad, la elasticidad, la resistencia, etcétera; leyes de conservación, evolución e involución, etc.»

De acuerdo con las ciencias dominantes en la civilización contemporánea, todas esas categorías biológicas sólo pueden conocerse mediante la observación externa. Pues bien, cuando se haya adquirido esa pequeña serie de conocimientos nada hemos avanzado en la dirección de la «introspección científica», cuyas más graves dificultades no son, por cierto, de carácter fisiológico.

Pero vamos; ¿cuál es la «introspección científica»? La introspección no se ha generalizado bastante en nuestros pueblos para haber podido establecer categorías. La más comúnmente practicada como un ejercicio de memoria, más bien que como real introspección es la ética. Es posible que el señor Vincenzi haya querido hablar de una introspección metódica. Y una pregunta más, antes de salir del párrafo 18, ¿cuáles son esas leyes de involución a que se refiere el autor?

Para una larga discusión préstase el párrafo 20, *Principios fundamentales*. «La unidad no existe y los espíritus y sus fenómenos (1) exteriores, etc.» La nota dice así: «nómeno y fenómeno son modalidades de una misma esencia múltiple: todo es esencial». Se ha escapado a la perspicacia del señor Vincenzi que al confundir el nómeno

**Deben considerarse como inéditos, y remitidos por sus autores, los artículos que no llevan al pie la indicación de dónde proceden.**